

ADVIENTO—NAVIDAD 2015

En la tierra paz

Todos buscamos la paz, y especialmente en estos días en que las amenazas son muchas y muy variadas. Pero, ¿dónde o cómo encontrarla? Las posibilidades también son muchas y muy variadas. Sin embargo, sólo una de ellas es verdadera y para siempre.

Como dice Schelske en su devocional para el 10 de diciembre:

"Jesús, hijo único del Padre, nos anuncia las buenas noticias del perdón de pecados y una nueva vida. Por eso es llamado el Príncipe de Paz, pues él es el portavoz de algo nuevo y desconocido para nosotros: a menos que él reine en nuestras vidas, no podemos vivir en paz, ni hacerla."

Sólo cuando creemos que Jesús vino al mundo por causa de nosotros, podemos confesar que gracias a él llegaremos a contemplar la presencia gloriosa del Creador y sabremos atesorar la paz que sólo él da. La paz de Jesús es única: nos permite hacer frente a cuanto peligro nos rodee. Nuestra paz está y viene de Jesús. Esta forma de vivir sostenidos en la fe no considera los problemas como una falta de paz, sino que los enfrenta con la confianza de quien sabe que posee el único y verdadero mensaje necesario para alcanzar la felicidad."

Que esa paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento humano, llene tu corazón hoy y cada día de tu vida.



CRISTO PARA TODAS
LAS NACIONES

660 Mason Ridge Center Drive, St. Louis, MO 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • www.paraelcamino.com

ADVIENTO—
NAVIDAD 2015



CRISTO PARA
TODAS
LAS NACIONES
www.paraelcamino.com

ACERCA DEL AUTOR

Desde el 2010 el Rev. Dr. Sergio R. Schelske ha estado sirviendo como pastor de la parroquia “San Mateo” de Ingeniero Maschwitz, Buenos Aires, colaborando con el Seminario Concordia como profesor visitante en el área de misión, y actuando como secretario del Comité de Comunicaciones de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina.

Anteriormente, se desempeñó como pastor misionero en la ciudad de San Miguel de Tucumán durante seis años. Durante ese tiempo fue el Coordinador de la Escuela de Misioneros del Seminario Concordia de Buenos Aires, Argentina.

Se graduó como Bachiller Superior en Teología en el Seminario Concordia, Buenos Aires en el año 2000, y en el 2011 recibió su doctorado (Ph.D.) en Misiología del Concordia Theological Seminary en Fort Wayne, Indiana.

Nacido en la ciudad de Mar del Plata, está casado con Gisela Seleiman, con quien tienen tres hijos, Santiago de siete años, Iris y Milena de cuatro años.

RECURSOS GRATIS DE CRISTO PARA TODAS LAS NACIONES

A través de diferentes recursos, Cristo Para Todas Las Naciones continúa apoyando la labor de difundir el evangelio de Jesucristo al mundo de habla hispana.

En la página web www.paraelcamino.com se encuentran a disposición las predicaciones archivadas de **Para el Camino**, ya sea para escuchar en mp3 o leer/imprimir el texto de los sermones, y el programa **Ayer, Hoy y Siempre**, un drama semanal en forma de radio novela que trata temas conflictivos de la vida diaria resueltos desde la perspectiva cristiana.

También se encuentran estudios bíblicos en DVD y un curso sobre la fe cristiana en video con guía de estudio. Entre los materiales escritos disponemos de una variedad de folletos que tratan sobre temas como la paternidad, la comunicación, el divorcio, la depresión, el perdón, la muerte, etc., siempre enfocados desde la perspectiva y base cristianas.

Ahora que la Navidad ha quedado atrás y hemos comenzado un nuevo año, le invitamos a que cada día aparte unos minutos para encontrarse con su Salvador leyendo los devocionales **Alimento Diario** ya sea directamente en nuestra página web www.paraelcamino.com, o recibiendo por correo electrónico previa suscripción en esa misma página.

*“El que beba del agua que yo le daré no volverá
a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua
se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna.”*

Para imprimir más copias de este devocional, ir a
www.paraelcamino.com/adviento

Domingo 29 de noviembre

Un amor imposible de medir

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Juan 3:16

Una canción de la escuela bíblica dice: “El amor de Dios es maravilloso... tan alto que no puedo ir arriba de él, tan ancho que no puedo ir afuera de él... cuán grande es el amor de Dios.” No hay cinta métrica capaz de medir el amor de Dios: es infinito, inalcanzable, imposible de comprender. Así nos lo recuerda el Evangelio, cuando dice: “De tal manera amó Dios al mundo.” Dios ama profundamente a toda la humanidad, a cada ser humano por igual. Sin embargo, aunque infinito, el amor de Dios tiene una forma específica, palpable y visible a la cual podemos aferrarnos y abrazarnos en todo momento, porque la expresión máxima del amor de Dios es Jesús, su único Hijo.

El amor de Dios debió ser grande, porque nuestro pecado también lo es. Por eso Dios nos dio a su Hijo, quien entregó su vida por nosotros para que seamos perdonados y tengamos esperanza eterna. Es un consuelo saber que, aunque no somos los mejores y no siempre reflejamos virtudes o bondad, el Padre celestial nos ama sin condiciones, pues él nos creó. La medida del amor de Dios es dar todo, hasta lo más preciado—su propio Hijo—para que podamos recibir vida y seguir el rumbo de la verdad que él nos muestra. Aún sorprendidos por tanta bondad de nuestro Padre nos alegramos y disfrutamos de ella, reconociendo que, gracias a su amor, tenemos grandes bendiciones en esta vida.

Padre generoso, tu amor por nosotros es realmente grande. Nos enviaste a tu hijo Jesús para regalarnos la vida verdadera. Ayúdanos hoy para que sepamos apreciar tu amor y compartirlo con quienes nos rodean. Amén.

Lunes 30 de noviembre

Su amor es eterno

Hace ya mucho tiempo, el Señor se hizo presente y me dijo: Yo te amo con amor eterno. Por eso te he prolongado mi misericordia. Jeremías 31:3

Un dicho popular nos recuerda: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno." Quizás esta frase encuentra su razón de ser en la experiencia de vida que nos lleva a pensar que las cosas buenas no duran, por lo que no debemos esperar que sea así, sino que debemos conformarnos con lo pocos buenos momentos vividos. El pesimismo frente a las realidades que nos tocan vivir puede imponerse como una forma de pensar y actuar. Esta visión pesimista de la vida está basada en la condición de pecado natural en el ser humano. En nosotros se manifiesta con claridad el deseo por vivir mejor; por hacer mejor las cosas y por disfrutar de momentos de tranquilidad. Pero cuanto más nos esforzamos en esto, más comprobamos que resulta imposible lograrlo. ¿Será tiempo de reflexionar y buscar un camino diferente?

En medio de nuestras preguntas y anhelos de tiempos mejores, Dios nos dice que no nos conformemos ni esperemos poco de la vida. Al contrario, el mensaje de Dios es claro: su presencia eterna se manifiesta entre nosotros para asegurarnos que nos ama. Dios muestra su amor de una forma muy concreta: dándonos su misericordia. Cuando comprendemos que Dios es capaz de ponerse en nuestra situación, tan cerca de nosotros que su corazón late al ritmo de nuestras necesidades y acompaña compasivamente nuestro sufrimiento, nos llenamos de consuelo y gozo. Así es el amor de Dios en acción: Dios no nos ama desde lejos, sino que desde la eternidad se acerca para darnos su amor a través de su hijo Jesús.

Padre santo, gracias por amarnos desde la eternidad y darnos todo lo bueno que tenemos para que lo disfrutemos sin temor. Ayúdanos en este día a reconocer y compartir tu misericordia. Amén.

Miércoles 6 de enero

Señales para celebrar

Después de escuchar al rey, los sabios se fueron. La estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se regocijaron mucho. Cuando entraron en la casa vieron al niño con su madre María y, postrándose ante él, lo adoraron. Luego, abrieron sus tesoros y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Mateo 2:9-11

Los sabios que buscaban al rey prometido se llenaron de alegría cuando vieron que la estrella que los guiaba se detuvo sobre la casa donde estaba Jesús. Esa señal sólo podía significar una cosa: que habían llegado al final de su camino, al destino anhelado. Cuando viajamos a un destino desconocido, nos parece que no llegamos más. Los kilómetros se hacen más largos, el tiempo corre y el lugar no aparece. En realidad, es la ansiedad por llegar al lugar deseado que hace todo más lento. Los sabios de Oriente estaban viajando por largo tiempo por lo que, el saber que habían llegado a destino, les dio mucha alegría. Más aún, los llenó de expectativa y deseo por ver a quien tanto esperaron.

Finalmente se iba a hacer realidad el encuentro tan anticipado con el rey de la humanidad, enviado por el Padre celestial para bendición de las naciones. Allí mismo ellos adoraron, y postrados celebraron la salvación de Dios, alabaron su nombre, oraron dando gracias y entregaron sus humildes ofrendas. La estrella señaló el lugar y produjo alegría, pero la verdadera señal del amor y salvación era Jesús, quien trajo abundantes bendiciones para todos. Esa señal de misericordia divina trajo paz, amor, alegría, esperanza, reconciliación, y alegría. En Jesús tenemos todo esto y por él celebramos con humildad que somos amados, perdonados, y preservados hasta la eternidad.

Señor Jesús, luz del mundo, ilumina nuestras vidas, para que siempre celebremos tus señales de amor y salvación. Amén.

Martes 5 de enero

Espíritu alegre

Entonces María dijo: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Lucas 1:46-47

Hay un dicho popular que dice: “La alegría cuesta menos que la electricidad, y da más luz.” Aun así, en muchas circunstancias de la vida nos cuesta encontrar motivos para estar alegres. La alegría parece ser un bien escaso. Son muchas las situaciones de conflicto, controversia, división, pérdida o sufrimiento que pueden causar tristeza en nuestros corazones. Igualmente, conservar un espíritu alegre y atento a las bendiciones que Dios nos concede, aun en medio de los momentos más difíciles, es un don que procede de lo alto, un fruto del Espíritu Santo. Los motivos para estar alegres son variados. Nos alegramos por un buen trabajo, una buena nota en los estudios, si nuestro equipo de fútbol ganó el campeonato, etc. Estos motivos de alegría son valiosos, pero duran un tiempo y pasan.

Tener un espíritu alegre es algo diferente, porque nos habla de una alegría que es eterna. Nuestro espíritu se puede alegrar sólo cuando Dios mismo lo pone en sintonía con su obra de amor que nos da la salvación. Al recibir de Dios su salvación nos alegramos porque nos damos cuenta que, más allá de la adversidad, finalmente seremos cuidados y consolados por nuestro Señor Jesús. Él promete que, cuando estemos cansados y cargados, nos dará su descanso. Frente a tantas debilidades, tentaciones y lucha diaria contra los enemigos de la fe, el reposo de Jesús nos alegra porque devuelve fuerzas a un espíritu exhausto. Cuando la alegría viene de Dios no cuesta nada, pero produce mucho. Ella brota naturalmente y produce luz, es la luz de Jesús mismo, quien es luz para este mundo y nos envía a reflejarla en todo lugar.

Padre celestial, te agradecemos por iluminar nuestro espíritu con tu salvación. Permite que la alegría de tu perdón nos impulse a compartir este gran mensaje. Amén.

Martes 1 de diciembre

Somos buenos conocidos

Y les he dado a conocer tu nombre, y aún lo daré a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos. Juan 17:26

Siempre es bueno tener un amigo o conocido que nos ayude. En muchas oportunidades, antes de ir a un lugar nuevo o hacer un trámite o compra importante, buscamos la ayuda de un conocido. De forma similar, cuando el Señor Jesús hace la oración registrada en este capítulo del Evangelio de Juan, nos revela la verdad consoladora de su presencia en el mundo, y nos da la posibilidad que conozcamos el nombre del Dios todopoderoso de una forma nueva para nosotros: como nuestro Padre. Ahora el Padre del Señor Jesús es nuestro conocido: conocemos su nombre y así lo invocamos. Invocar el nombre del Padre es llamarlo, reconociendo que nada somos ni tenemos si él no está a nuestro lado. Cuando a diario confesamos e invocamos su nombre, el poder que ese nombre glorioso revela nos sostiene en nuestra necesidad y debilidad.

Y cuando conocemos al Padre celestial y su nombre está en nuestro corazón y palabras, también conocemos y disfrutamos de su amor. El amor del Padre es nuestro; sabemos que nos ama porque nos entregó a su hijo Jesús. Así es como sabemos que conocemos al único y verdadero Dios: porque cuando miramos a Jesús, él es la encarnación del amor divino en acción. Su nacimiento, sus palabras, gestos, milagros y finalmente su entrega en la cruz son la prueba palpable e innegable de que el abundante amor de Dios es para nosotros. Así lo conocemos, nos alegramos y compartimos cada día.

Amado Señor, te damos gracias porque conocemos tu nombre poderoso que nos rescata de una vida miserable para darnos bien abundante y amor eterno. Amén.

Miércoles 2 de diciembre

Jesucristo cumple todas sus promesas

Jesucristo, el testigo fiel, primogénito de entre los muertos y soberano de los reyes de la tierra. Él nos amó; con su sangre nos lavó de nuestros pecados.

Apocalipsis 1:5

¿Cuántas veces nos vimos atrapados en discusiones donde dos personas se acusan exactamente de lo opuesto? Sus palabras nos dejan confundidos, no sabemos qué pasó, ni entendemos por qué están peleando. Cuando presenciamos tales contradicciones, dudamos de la verdad de ambos testimonios. Nos damos cuenta que tanto uno como otro en algo está mintiendo y cambiando los hechos para verse favorecidos. En otras ocasiones somos nosotros mismos quienes cambiamos los hechos o palabras para quedar bien frente a quienes nos oyen, perjudicando así a nuestro prójimo. Por supuesto que esto va en contra de la voluntad de Dios. Así somos confrontados con la realidad que nos demuestra que no siempre honramos la verdad, porque decir la verdad duele y nos deja mal parados. Por eso también entendemos que sólo podemos cambiar con la ayuda divina.

Entonces recibimos la certeza de Jesús, el hijo de Dios, que ante todo es el testigo fiel. Sólo en su testimonio encontramos la verdad. Podemos dudar de las palabras y acciones de muchas personas, pero de Jesucristo sólo podemos afirmar una cosa: que él es testigo fiel del amor del Padre celestial, y que sobre él no hay dudas. Aquí contemplamos el gran milagro que obra Jesús: por su fidelidad, y hablando siempre la verdad, ejercita y demuestra que el amor que nos trae obra el perdón de nuestro pecado. Su amor nos limpia y purifica de la mancha que trae condenación. Su fidelidad nos asegura una y otra vez que somos amados, perdonados, santificados y preservados hasta la eternidad.

Anímanos Señor Jesús, para que frente a la falsedad y palabras inútiles busquemos en todo momento tu Palabra fiel. Amén.

Lunes 4 de enero

El encuentro de tu vida

Pero era necesario hacer una fiesta y regocijarnos, porque tu hermano estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y lo hemos hallado. Lucas 15:32

Son populares los programas de televisión en los que vemos a personas buscando a otros, ya sea familiares, amigos de la infancia, o alguien importante en su pasado. Buscan con ansias, porque saben que encontrar a quien han perdido les devolverá la alegría, y hasta incluso les traerá respuestas a preguntas que durante muchos años no han podido contestar. La parábola del hijo pródigo nos recuerda una realidad similar. El padre que había esperado con ansias el regreso de su hijo, ahora celebra porque finalmente volvió. El motivo para la celebración en este pasaje bíblico se explica con dos imágenes muy evidentes y poderosas: la muerte y la perdición. Son dos realidades que se contraponen al resultado final, donde se muestra un cambio enorme en la vida de una persona: resurrección y reencuentro.

Pero no se trata de un relato más o de una historia sólo para niños. Porque para entender el valor de la parábola es necesario que cada uno de nosotros se ponga en la piel del hijo. Ese joven que estaba muerto y perdido somos cada uno de nosotros, y la realidad de todo ser humano alejado y renegado contra Dios es la condenación. Una verdad mayor es que el Padre celestial nos busca y encuentra: para eso envía a su propio hijo Jesús. Jesús trae luz al mundo; su presencia nos muestra el camino de la salvación, él es nuestra vida. Tal regalo de amor y cuidado quita de nosotros toda sombra de duda. Ahora estamos en Cristo y nos alegramos, porque estando en su presencia anticipamos la celebración eterna, que será el gran encuentro de todo el pueblo frente al trono glorioso del Dios trino.

Amado Salvador, te damos infinitas gracias pues nos buscas y rescatas para que, con alegría, celebremos tu salvación. Amén.

Domingo 3 de enero

Una vida de adoración

Sólo te alaban los que viven, como hoy vivo yo. Esta verdad la enseñarán los padres a sus hijos. ¡El Señor me salvará! ¡Por eso todos los días de nuestra vida elevaremos nuestros cánticos en la casa del Señor! Isaías 38:19-20

Vale la pena vivir. Es claro que sí. La vida es un regalo maravilloso de Dios y tiene un propósito. Pero llegar a esta convicción, y comprenderlo, sólo ocurre cuando oímos la Palabra de Dios que, a través del Espíritu Santo, nos enseña la verdad. Antes de todo esto sólo habrá confusión. La desesperanza que produce el vivir alejados de Dios queda demostrada en las muchas personas que no encuentran sentido a su vida, que no creen que la vida valga la pena ser vivida y toman terribles decisiones, como ponerle fin a su existencia, creyendo que así resolverán su dolor e insatisfacción. Sólo cuando sabemos que Dios nos creó y nos sostiene podemos disfrutar de cada momento y demostrarlo dando gracias.

También nos anima saber que él cumple su propósito de darnos salvación para la vida eterna. Por eso confesamos que sólo Dios nos salvará. La paz que Dios nos regala por medio de Cristo nos mueve a vivir cada día con gozo y esperanza. El valor de celebrar la salvación de Dios aumenta cuando nos damos cuenta que también nos reúne con otros cristianos que comparten las mismas bendiciones. Adoramos a Dios en su presencia, unidos por la fe, como su familia. La familia de Dios es la iglesia (Efesios 2:19). Allí se reúnen, como en un hogar, todos los que se reconocen como hermanos en la fe. Grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos comparten en Cristo los dones benditos que él entrega para comprobar diaria y constantemente cuán grande es su perdón y amor.

Señor todopoderoso, permite en este día que nos reunamos con la familia de la fe para ver y comprobar que vale la pena vivir en tu presencia. Amén.

Jueves 3 de diciembre

Sin motivos para dudar

Esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado. Romanos 5:5

La duda carcome la mente de las personas. La duda va de la mano con la ansiedad; juntas hacen amistad con el temor y la desesperación para quebrar la voluntad, y lograr que el ser humano llegue a concebir los pensamientos más oscuros, incluso hasta decidir quitarse la vida. Las causas de la duda son diversas. Primero, la falsedad en la comunicación. O sea, dudamos de lo que otros nos dicen. Segundo, las experiencias pasadas en las que recibimos promesas que nunca se cumplieron, lo que nos hace dudar de las promesas que otros nos hacen ahora. Por último, nuestra propia inconsistencia: hablamos y no somos fieles a la verdad, prometemos algo y luego ponemos excusas para librarnos del compromiso. Nuestra propia conciencia nos recuerda que hicimos dudar a otros, por lo que dudamos también de ellos.

Así es como Dios una vez más pega con toda fuerza en el clavo de nuestra debilidad, viniendo a nuestro auxilio con una buena noticia: todo lo que él nos diga no podrá ser empañado nunca por la sombra de la duda, pues él no defrauda jamás. Él nos asegura que su palabra, al prometernos el perdón de pecados, produce esperanza cierta en nuestra vida. En él tenemos un compañero que siempre nos ayuda para que sigamos confiando. El Espíritu Santo infunde en nosotros la certeza del amor divino en acción para producir los frutos que de tal amor proceden, llevándonos a Cristo para recibir sus palabras de vida eterna. El Espíritu Santo disipa nuestras dudas, nos afirma en medio de la ansiedad y echa fuera el temor y la desesperación, porque nuestra conciencia está en paz por el regalo del perdón que Jesús nos da.

Espíritu Santo, afirma en nuestros corazones la certeza del amor divino y la esperanza de la vida eterna. Amén.

Viernes 4 de diciembre

El mejor perfume

Vivan en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, como ofrenda y sacrificio a Dios, de aroma fragante. Efesios 5:2

Año tras año las empresas de perfumes producen nuevas fragancias que publicitan asociándolas a actrices, deportistas y modelos famosos, con el fin de impresionar al espectador prometiendo éxito, exclusividad, y el cumplimiento de múltiples fantasías. Ellos apelan así a la imaginación y el deseo de las personas. Sin embargo, sabemos bien que son promesas vacías, ideales imaginarios que poca conexión tienen con la realidad que cada uno vive. Son fragancias que poco duran, que se consumen con el tiempo y que necesitan reponerse una y otra vez. De alguna forma, esas fragancias diseñadas por el ser humano son tan pasajeras como nosotros mismos, reflejando lo efímero de la existencia humana en este mundo.

No debe extrañarnos, entonces, que a través de su Palabra Dios nos ayuda a comprender lo superior y maravilloso que es disfrutar de lo que él ofrece. Dios no hace publicidad ni apela a nuestras fantasías o deseos para convencernos sino que, por el contrario, nos saca de nosotros mismos para que veamos su obra. Así es como fijamos nuestra mirada en Cristo, quien se entregó a nosotros por amor. Tal bendición es comparable a una fragancia que todo lo invade, que llena nuestro ser de tal forma, que no podemos negar su presencia ni dejar de sentir y vivir el efecto que tiene sobre todos nuestros sentidos. Jesús entrega todo su ser como ofrenda y sacrificio. Esto significa que renuncia a todo lo que le pertenece porque nos ama perfectamente. La entrega voluntaria de Cristo nos trae a la fe para darnos la salvación.

Señor Jesús, gracias por tu amor perfecto. Enséñanos a deleitarnos en tu fragancia y a transmitirla a quienes aún no la conocen. Amén.

Sábado 2 de enero

A pesar de todo, primero Dios

... el carcelero los metió hasta el último calabozo, y les sujetó los pies en el cepo. A la medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, mientras los presos los escuchaban. Hechos 16:24-25

Dura escena nos muestra la historia de Pablo y Silas, siervos de Dios, encarcelados en Filipos por el delito de predicar el Evangelio. Por supuesto que a nosotros hoy en día quizás nos resulte extraño que el motivo de sus cadenas haya sido hablar de Jesús a las personas. Dado que vivimos en un lugar donde se defiende la libertad religiosa y de expresión, el confesar que creemos en Jesús como nuestro Señor y Salvador no nos trae consecuencias como las que padecieron aquellos primeros apóstoles y evangelistas. Pero si esto nos llama la atención, no es menos sorprendente que aún en medio de tal situación adversa, triste e injusta, ellos no fueron amedrentados sino que, en la oscuridad y soledad del calabozo más profundo, oraban y cantaban a Dios.

Ahora, si recordamos la promesa del Señor Jesús: “donde haya dos o tres reunidos en mi nombre allí estaré” (Mateo 18:20), tenemos la plena certeza que el Salvador estaba junto a ellos en aquel momento, cumpliendo su promesa en tiempo de oposición. En la presencia del Señor Jesús ellos le adoraron en alabanza y oración. Su adoración al único Dios fue testimonio para el resto de los presos, que escucharon su confesión de lo que creían. Todos los que oían recibieron un mensaje de perdón y salvación, pues el Espíritu Santo estaba presente haciendo su obra de cambiar vidas. Esta es la forma en que, como hijos de Dios, enfrentamos los desafíos que vivimos en medio de la soledad o dificultades: invocando el nombre poderoso de quien nos promete ayuda y consuelo. Ante todo, y a pesar de todo, sabemos que Dios sigue presente y nos ayuda. Por eso, siempre primero Dios.

Amado Dios, tu compañía y cuidado paternal nos consuelan. Ayúdanos a invocar tu poderoso nombre en todas nuestras necesidades. Amén.

Viernes 1 de enero

Obras y proyectos

Grande es el Señor, y digno de suprema alabanza; su grandeza es inescrutable. Todas las generaciones celebrarán tus obras, y darán a conocer tus grandes proezas. Salmo 145:3-4

¿Por qué hablamos bien de otras personas? Nuestras respuestas pueden variar. Algunos dirán que porque nos caen simpáticos, otros dirán que porque son buenos amigos y siempre nos ayudan, y habrá otros que siempre dan un buen consejo y hablan con sabiduría. Más allá de los motivos que podamos dar, una cosa es cierta: hablamos bien de una persona porque la conocemos y sabemos cómo es y se comporta. Cuando hablamos de Dios, como sus hijos llamados por la voz Cristo perdonados y santificados para vida eterna, nos llenamos de alegría y damos gracias porque tenemos la certeza que le conocemos. Todo el que conoce a Dios, sólo puede hablar bien de él, porque sabe que todo lo bueno, santo, justo, y agradable viene de él.

Así testificamos de las grandes obras de Dios, que son el fruto de su misericordia por nosotros. Todo lo que Dios hace es para nuestro bien; sus obras así lo demuestran. En todo momento, en la historia humana, Dios ha revelado su poder infinito que sujeta todo lo creado a su designio redentor. Pero todo lo que Dios ha hecho señala hacia la gran obra de salvación que cumple plenamente su hijo Jesús. Por él tenemos la promesa del perdón y, por eso, nos unimos a una voz con los cristianos de todos los tiempos para compartir y celebrar la salvación. Ahora, con la certeza que cada obra de Dios es para nuestra bendición, emprendemos el camino de la vida eterna pensando y proyectando cada paso que damos conforme a la voluntad de Dios. Pidamos en oración que nuestros proyectos y obras sean agradables a nuestro Creador.

Padre santo, te pedimos que nos des sabiduría para que todos nuestros proyectos reflejen tu amor. Amén.

Sábado 5 de diciembre

El triunfo del mejor

Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Romanos 8:37

En las competencias deportivas es común escuchar decir: “que gane el mejor.” Pero ¿quién es el mejor? ¿El que gana aunque haga trampa? ¿El más fuerte? ¿El que tiene la mejor estrategia? ¿El que aprovecha las debilidades del oponente? ¿El que ataca o defiende mejor? Claro que en los deportes también es posible perder. Pero si se pierde, siempre hay otra oportunidad para recuperarse, para mejorar, para cambiar jugadores y volver a la senda del triunfo.

Es evidente que nuestro texto bíblico no fue escrito para que pensemos en los deportes. Aquí oímos que hubo una lucha y un campo de batalla en el que dos fuerzas se enfrentaron, pero sólo una pudo cantar victoria y coronarse como vencedora. En ese momento se reveló a todo el mundo el nombre “de aquel que nos amó.” Es el nombre de Jesús, quien vino al mundo como uno de nosotros para que todos nosotros, al conocerlo, caminemos junto a él. En esto se revela que Jesús nos ama: en que siendo Hijo de Dios se acercó a la humanidad sin marcar diferencias. Jesús establece su campamento en medio de nuestra realidad. El lugar donde Jesús lucha y vence es su cruz, por eso es gloriosa. Pero esa cruz, que significó la muerte para él, para nosotros es vida. Por su muerte logra la victoria, y nos la entrega declarándonos vencedores. En medio de las debilidades, tristezas, sufrimiento, oposición o traiciones que podamos vivir, afirmamos que somos vencedores. Así, como él cargó su cruz, nosotros cargamos la nuestra y luchamos con la convicción que, en Cristo, todo es posible.

Señor Jesús, vencedor de los poderes de la oscuridad, anima nuestro espíritu para que vivamos en la alegría de tu victoria, sabiendo que, al final, nosotros también seremos vencedores. Amén.

Domingo 6 de diciembre

Palabras que traen paz

Escucharé lo que Dios el Señor va a decir; va a hablar de paz a su pueblo y a sus santos, para que no caigan en la locura. Salmo 85:8

Es común escuchar decir que Dios nos dio dos oídos y una boca para que escuchemos más de lo que hablamos. Tiene sentido prestar atención antes de abrir la boca porque, escuchando bien, sabremos qué responder. Cuando nos apuramos a responder a veces erramos, nos confundimos, generamos confusión y, lo que podría haber sido una buena charla, termina en discusión o pelea. Por otro lado, cuando escuchamos con atención evitamos problemas. Pero también es cierto que no todo lo que escuchamos vale la pena. Hay personas que con sus palabras nos amargan el día porque nos llenan de malas noticias, transmitiendo pesimismo con lo que dicen y hacen. La queja es su tono de voz y la negatividad es el estribillo que suena en sus palabras.

Escuchar bien significa prestar atención a quien nos trae buenas noticias que nos ayudan, renuevan y calman cuando nos sentimos abrumados por los problemas de cada día. Por eso, hoy más que nunca la Palabra de Dios viene a nosotros para traernos un mensaje de paz. Cuando Dios habla transmite paz; su mensaje nos habla de reconciliación, porque Dios mismo hace la paz. Cuando el Padre celestial nos entrega a su Hijo, movido por amor, nos asegura que su objetivo es hacer la paz, restableciendo así el vínculo que nos une por el perdón que Jesús logra. Nuestra necesidad diaria se resume en oír las palabras de Dios que nos hablan de esta verdad. Por eso no dejemos de oír la voz de nuestro Señor, así su paz inundará nuestro ser y nos llenará de gozo en todo momento.

Amado Dios, gracias por darnos cada día tu santa Palabra que nos restituye la paz en medio de los problemas y angustias de la vida. Amén.

Jueves 31 de diciembre

Una nueva forma de vivir

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo cuando él y tú estén solos. Si te hace caso, habrás ganado a tu hermano. Mateo 18:15

Hoy es un día único: celebramos el último día del año, y nos preparamos para celebrar la llegada de uno nuevo. Por más que ya hayamos celebrado muchos años, no dejamos de alegrarnos porque otro año pasó. Un nuevo año nos hace pensar en las nuevas oportunidades que se pueden presentar. Pero no debemos dejar de recordar los otros 364 días del año que termina y pensar en cómo los vivimos, preguntándonos cómo hicimos de cada uno de esos días una oportunidad para mostrar que somos hijos de Dios, hermanados en la comunión de la iglesia, y que por Cristo somos nuevas personas cada día, renovadas en el arrepentimiento y perdón de los pecados.

Al hacer memoria, distintos episodios podrán venir a nuestra mente. Sin dudas concluiremos que no siempre mostramos quiénes somos pues con gestos, palabras y acciones no siempre obramos conforme a la fe y voluntad de Dios. El Señor nos propone que no permitamos que las ofensas que nos separan de otros, ya sea que causamos o sufrimos, permanezcan por siempre como un obstáculo insalvable. Por eso nos anima a que vayamos y busquemos a quienes están alejados por ofensas, y nos reconciliemos. El objetivo es recuperar al hermano, no quedarnos reclamando en quién tiene la culpa. En todo caso, todos somos culpables, pues por el pecado, delante del Justo Juez eterno, ninguno podrá justificarse. Pero en Cristo tenemos paz con Dios y ya estamos reconciliados. Entonces, nada impide que reflejemos el obrar de Cristo, pues si para él lo más importante es salvar a los pecadores (Lucas 19:10), entonces lo más importante es ganar al hermano y preservar la comunión en la fe.

Señor Jesús, aviva en nosotros el deseo de vivir cada día perdonados y perdonando. Amén.

Miércoles 30 de diciembre

Embajadores de grandes noticias

Así que somos embajadores en nombre de Cristo, y como si Dios les rogara a ustedes por medio de nosotros, en nombre de Cristo les rogamos: “Reconciliense con Dios”. 2 Corintios 5:20

Los embajadores tienen la noble tarea de representar a su país y gobierno en tierras lejanas, donde pocos conocen a su país de origen. Hoy en día los embajadores, además de representar a sus países, promocionan las bondades, oportunidades de vida, comerciales y turísticas que allí se ofrecen. Sabiendo esto, no debe sorprendernos que precisamente el apóstol Pablo se refiera a la iglesia como un gran conjunto de embajadores que van por este mundo hablando de las bondades de su patria celestial.

También nos ayuda a afirmar nuestra identidad como hijos de Dios, sabiendo que somos extranjeros y peregrinos (1 Pedro 2:11) en el lugar del mundo donde nos toca vivir. Estamos en este mundo pero no pertenecemos a él, pues nuestro lugar está esperándonos en el hogar del Padre celestial. Por eso somos embajadores y compartimos con quienes no pertenecen al Reino de Dios las buenas noticias del amor y la obra de Dios en favor de toda la humanidad. Él quiere que todos le conozcan y sean parte de su pueblo. La iglesia cristiana habla de lo que conoce y disfruta: la reconciliación que Cristo logró con su muerte en la cruz. Ahora somos embajadores que hablan en nombre del mismo Cristo, e invitan a la reconciliación. Dios dio el paso necesario para que la reconciliación fuera posible. Él reconcilia por medio de su Hijo, y el Espíritu Santo da a conocer a las personas esta reconciliación y nos asegura que estamos reconciliados. Cada vez que compartimos la Palabra de Dios, podemos estar seguros que allí está presente y activo el Espíritu Santo con su poder de convertir corazones para ser parte del eterno reino del Padre.

Amado Señor, concédenos que tu Espíritu Santo nos guíe en palabra y acción para ser fieles embajadores de tu reconciliación. Amén.

Lunes 7 de diciembre

Una visita muy esperada

... nos visitó desde lo alto, para alumbrar a los que viven en tinieblas y en medio de sombras de muerte; para encaminarnos por la senda de la paz. Lucas 1:79

Las visitas nos alegran. Cuando sabemos que a nuestra casa llegará una visita, ya sea un invitado especial, familiares lejanos o amigos, nos preparamos para recibirlos de la mejor manera posible. Por supuesto que limpiamos y acomodamos la casa, ofrecemos una buena comida, nos ponemos ropa más elegante, en fin, hacemos todo lo que está a nuestro alcance para demostrar aprecio y hospitalidad a quien viene a vernos. La persona que llega es especial, nos hace sentir especiales y deseamos que el momento compartido también lo sea.

El Evangelio nos dice que cuando Jesús llegó a visitarnos no se encontró en un lugar especial, ni hubo grandes preparativos. El pueblo sabía que el Salvador estaba en camino, pero nadie estaba a la altura de tan bendita visita. Jesús viene de lo alto, del cielo, que es la morada del Padre eterno, a un mundo dominado por las tinieblas. Cuando llegó, en lugar de una fiesta a su alrededor encontró sombras de muerte, porque la humanidad no tenía otra cosa para ofrecerle.

Pero Jesús sabía a dónde venía y cómo sería recibido, y no se ofendió ni exigió un trato conforme a su dignidad celestial. Al contrario, con su visita nos trajo hermosos regalos que vienen a cambiar esa realidad oscurecida por la sombra mortal del pecado. Jesús nos da el regalo de la luz que alumbró nuestra ceguera y abre nuestros ojos para ver la salvación. Jesús nos lleva de la mano para que, con paso firme y seguro, podamos seguir su camino. Por último nos llena de paz, ya que iluminados y guiados por él sabemos que ya no tenemos por qué temer a la muerte, pues podemos confiar y esperar siempre en sus promesas.

Señor Jesús, que has venido a cambiar nuestra vida, concédenos que en nuestros pensamientos y acciones abunde tu paz. Amén.

Martes 8 de diciembre

El refugio ante los conflictos

Estas cosas les he hablado para que en mí tengan paz. En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo. Juan 16:33

Todos necesitamos un lugar donde sentirnos seguros. Aunque ese lugar sea incómodo, si es seguro, nos gusta. Por el contrario, hay lugares desconocidos que, aun siendo amplios y lujosos, no logran transmitirnos un sentido de seguridad y protección. Quizás la imagen más clara de lo que digo es la de un bebé en el vientre de su madre: aunque apretado y sin mucho espacio para moverse, disfruta del calor materno con un placer inexplicable. Pensemos en los pollitos amontonados en su pequeño nido bajo las alas de su madre; ninguno quiere salir de allí, pues ahí reciben todo el calor, protección y comida que necesitan.

Nuestro Señor Jesús nos habla hoy de una forma que nos permite disfrutar de tal sentido de cuidado, cariño y provisión. Se muestra a sí mismo como el refugio donde encontramos paz. Nos dice: "para que en mí tengan paz." Estando en él, es decir unidos a él, rodeados por su santa y poderosa presencia, tenemos el don precioso de la paz, pues Jesús es nuestra paz. También estamos unidos al Salvador por el agua del bautismo, pero no aislados ni encarcelados. El Señor nos habla con franqueza, y así como asegura su paz, también anticipa que estamos y viviremos en medio del mundo hostil, rodeados de conflictos que producen aflicción, precisamente por creer y confesar la fe que nos une a él. Frente a la oposición que provoca el ser cristiano, nuevamente nuestro Salvador nos da una palabra de consuelo. Él afirma que ante la apariencia de debilidad o tristeza, debemos confiar y conservar el ánimo, porque aunque pasemos por dificultades tenemos la corona de la vida eterna. Tenemos la victoria final que son la resurrección y la vida eterna.

Amado Señor, recuérdanos hoy de tu dulce presencia para ser consolados y sentir el calor de tus manos protectoras. Amén.

Martes 29 de diciembre

Mesa de negociación

Para reconciliar con Dios a los dos en un solo cuerpo mediante la cruz, sobre la cual puso fin a las enemistades. Efesios 2:16

Reunidos frente a frente en la mesa de negociación, los enemigos esperan la llegada de un mediador. Necesitan a uno que quite los conflictos y resuelva las divisiones que han crecido durante mucho tiempo. En esa mesa se negocia el futuro de muchos, pero el mediador sabe lo que debe hacer y no tiene miedo de exponer todos los argumentos que llevaron a que la situación se volviera insostenible. El mediador propone una solución: la reconciliación. Pero, ¿cómo lograrla? ¿Quién va a ceder? ¿Quién va a dar el primer paso para reconciliarse? Aquí vemos cómo viven los seres humanos: enfrentados, en conflicto, peleados, despreciándose mutuamente y llenos de preguntas sin respuesta, porque no saben ni pueden encontrar una solución.

La buena noticia es que a este mundo ya vino un mediador llamado Jesús. Él es quien propone el camino de la reconciliación. Pero no lo propone diciendo qué debemos hacer, sino que él mismo lo hace. La reconciliación le pertenece, es su obra suprema. En Jesús caen los muros de separación, se superan las divisiones y, lo que parecía irremediablemente condenado a la oposición y discriminación, ahora puede cambiar en una nueva realidad que él mismo inaugura. La mesa de negociación de Jesús es única, porque tiene forma de cruz. Sobre ella él expone los argumentos de la reconciliación: su santa y preciosa sangre derramada por toda la humanidad. La cruz del Salvador carga todo el odio, desprecio, maltrato, descuido y enfrentamientos posibles para que, al tomarlos Jesús sobre sí mismo, pueda ofrecernos su perdón, amor, solidaridad, sacrificio y salvación. Ahora Jesús reúne a su alrededor a todos los que creen, confían y esperan reconciliados el cumplimiento de sus promesas eternas. Los hijos de Dios reconciliados y unidos como un solo cuerpo son la iglesia que habla y vive de acuerdo a lo que recibe y disfruta del Señor Jesús.

Salvador nuestro, te agradecemos por darnos tu reconciliación. Ayúdanos a vivirla en todo lo que hagamos. Amén.

Lunes 28 de diciembre

Todo proviene de Dios

Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo a través de Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación. 2 Corintios 5:18

Así como decimos que Dios es el creador del universo, confesamos también que todo lo que existe fue hecho de la nada. Antes de la acción divina nada había, y sólo por su Palabra poderosa llegó a existir lo que vemos. Este es el punto de partida, el origen de todo cuanto vemos y conocemos. La historia humana comienza a partir de allí. Sin embargo, los actos humanos fueron contrarios a la voluntad del Creador; y por ello sabemos que el pecado es la consecuencia de la rebeldía contra nuestro Padre eterno. Pero la misericordia divina se muestra en que Dios no destruye lo que creó, sino que marca la historia humana con señales y profecías, o promesas, con las cuales asegura que, más allá de la maldad visible, llegará el tiempo en que todos los poderes de este mundo quedarán bajo el dominio del Salvador.

Las profecías de salvación se cumplen con el nacimiento de Jesús, quien viene al mundo enviado por el Padre con la tarea de obrar la reconciliación. Por eso el Padre Creador lleva a su Hijo a la cruz: para reconciliarnos con Él. En Jesús somos reconciliados con el Padre, somos re-creados como personas nuevas por medio de la promesa de perdón y consuelo que Jesús nos ofrece. Con tantas bendiciones, siendo renovados por el sacrificio de Cristo, ahora el Padre hace de nosotros instrumentos de reconciliación. En otras palabras, así como Jesús nos reconcilia, nosotros somos enviados para mostrar cómo viven quienes han sido reconciliados, y compartir esta alegría con quienes necesitan saber que Dios también les ofrece diaria y constantemente la gracia de la reconciliación.

Padre amado, todo lo que somos y tenemos proviene de tu buena voluntad. Afirma nuestros corazones en la certeza de tu poder, para que compartamos tu reconciliación con quienes aún no te conocen. Amén.

Miércoles 9 de diciembre

Poderoso es el que te bendice

El Señor infunde poder a su pueblo y lo bendice con la paz. Salmo 29:11

Cada tanto se publican listas con los nombres de las personas más ricas del mundo. También se dice que sus riquezas les dan poder para hacer lo que quieran, incluso influir sobre los gobiernos y así torcer el destino de países enteros para su propia conveniencia. No es de extrañar, entonces, que personas con tal capacidad de influencia puedan llegar a sentir que son muy importantes, incluso todopoderosos, pues pueden resolver y hacer de todo, sin rendir cuentas a nadie por sus actos. Nuestro Señor Jesús nos habla de personas así cuando recuerda que los poderosos de este mundo someten a las naciones y se hacen llamar “benefactores” (Lucas 22:25). Esa es la forma en que el ser humano busca, usa y concentra el poder: para su propio beneficio y gloria.

Pero hay otra forma de hacer uso del poder: Dios es el único verdaderamente todopoderoso. Sus obras reflejan desde la eternidad todo lo que hizo, hace y seguirá haciendo. Dios permanece para siempre: su palabra y amor son eternos. Consideremos que el gran poder de Dios se manifiesta de una forma especial porque, en lugar de concentrarlo para su propio beneficio, lo concede como regalo a su pueblo. En otras palabras, concede lo que le pertenece para bien de los más débiles y necesitados, es decir, nosotros. El poder de Dios se revela plenamente en la humildad del pesebre de Belén, y en la humillación de la cruz. Así es como Dios nos da su poder: por medio de su Hijo Jesús. Él es la mayor bendición que recibimos, porque nos cuida y muestra que nos ama al darnos la paz que necesitamos.

Padre todopoderoso, infunde en nosotros tu poder que perdona y salva, para que seamos instrumentos de tu paz. Amén.

Jueves 10 de diciembre

Sólo un mensaje es suficiente

Dios envió un mensaje a los hijos de Israel, y en él les anunciaba las buenas noticias de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Hechos 10:36

En tiempos en que las posibilidades de comunicarnos y los medios tecnológicos abundan para que lo hagamos, a veces nos sentimos abrumados por la cantidad de mensajes que recibimos, la mayor parte de ellos inútiles o superfluos. Frente a tal avalancha de mensajes, palabras, comentarios, e ideas que oímos, debemos aprender a separar entre lo que vale la pena y lo que no. Al leer la Palabra de Dios vemos que él no nos abruma con exceso de información, sino que llega a nosotros con un solo mensaje, pues cuando él habla es tan claro, que no necesitamos oír nada más. El Padre celestial no envió un mensaje por correo o internet, sino que envió un mensajero que nos dio a conocer la verdad divina. Jesús, hijo único del Padre, nos anuncia las buenas noticias del perdón de pecados y una nueva vida.

Por eso Jesús es llamado el Príncipe de Paz, pues él es el portavoz de algo nuevo y desconocido para nosotros: no podemos vivir en paz, ni hacerla, a menos que él reine en nuestras vidas. Sólo cuando creemos que Jesús vino al mundo por causa de nosotros, podemos confesar que por causa de él llegaremos a contemplar la presencia gloriosa del Creador y sabremos atesorar la paz que sólo él da. La paz de Jesús es única: nos permite hacer frente a cuanto peligro nos rodee. Nuestra paz está y viene de Jesús. Esta forma de vivir sostenidos en la fe no considera los problemas como una falta de paz, sino que los enfrenta con la confianza de quien sabe que posee el único y verdadero mensaje necesario para alcanzar la felicidad.

Padre eterno, te damos gracias porque tu mensaje de salvación llena nuestro ser con total confianza y siempre nos trae paz. Amén.

Domingo 27 de diciembre

Amados enemigos

Porque, si cuando éramos enemigos de Dios fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, mucho más ahora, que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida. Romanos 5:10

Cuando leemos que el Señor Jesús nos exhorta a amar a los enemigos y orar por ellos (Mateo 5:44), podemos sentir que nos pone una exigencia demasiado alta e imposible de alcanzar; como si nos pidiera algo que sabe que no podemos hacer; pero igual lo hace. Es verdad, no podemos hacerlo... si pensamos que depende de nosotros y de nuestra propia capacidad el amar a quienes nos hicieron algún mal, insultaron, despreciaron o inventaron algún chisme. Repasemos el versículo de hoy. Nos recuerda que éramos enemigos de Dios y, por lo tanto, merecíamos su ira y justo juicio. Sin embargo, aun siendo enemigos él nos amó y obró la reconciliación por medio de Jesús.

Supongamos lo siguiente: si Dios sólo amara a quienes son como él, ¿a quién podría amar? Sólo a sí mismo. En esto se demuestra que realmente ama a quienes no lo merecen: a nosotros. Por eso es que el mandato de amar a los enemigos primero lo cumple Dios mismo desde la eternidad, y a nuestra vista, cuando Jesús enfrenta la cruel muerte en la cruz: allí muestra su amor en acción. Ahora, sabiendo que disfrutamos el amor de Dios, y comprendiendo la magnitud de la obra de Jesús que nos regala el perdón de nuestro pecado podemos, por el poder que nos da como sus santos hijos, hacer de la reconciliación una realidad en el trato con nuestro prójimo. Este es el sentido de la salvación: que así como Cristo nos libró de la enemistad del pecado, cada uno de nosotros viva esa libertad ayudando, cuidando y animando a quienes lo necesitan.

Señor Jesús, te suplicamos que nos ayudes para que aprendamos a vivir en la gracia de tu perdón. Amén.

Sábado 26 de diciembre

Asuntos pendientes

Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Colosenses 1:20

Qué difícil es hablar con personas con las que tenemos cosas sin resolver; quizás alguna diferencia de pensamiento, o un cruce de palabras, o conflictos antiguos que no logramos superar o, por qué no decirlo, una simple competencia por ser mejor que el otro. Los asuntos sin resolver en general nos alejan de aquéllos que nos recuerdan lo que en un momento nos causó malestar. Así somos, y también así lo sufrimos en más de una oportunidad.

De más está decir que estas situaciones causan mayor dolor aún cuando las trasladamos a la presencia del Dios todopoderoso, sabiendo que ante a él siempre tenemos asuntos pendientes, porque la deuda del pecado es impagable. Mayor angustia podemos tener cuando nos damos cuenta que no podemos huir de su presencia o evitarlo, como hacemos con las personas. Dios siempre está ahí. Pero esto es precisamente lo mejor que podemos escuchar: que él siempre está presente, que no se aleja, que no nos evita ni desprecia, sino que sigue a nuestro lado. Para ello envía a Jesús: para que conozcamos su amor y cuidado, que nos hablan de reconciliación y paz. Jesús nos reconcilia con el Padre. Nuestro asunto pendiente con él desde la caída en pecado en el paraíso ahora queda de lado, porque Jesús entrega su sangre como pago precioso para nuestro perdón y nos trae paz. Nada de lo creado es obstáculo ahora para que seamos llamados hijos de Dios. Ahora todas las cosas están en su lugar en el cielo y en la tierra, porque Jesús mismo tomó su lugar en la cruz para nuestra salvación.

Padre de inmensa misericordia, te pedimos que nos ayudes a vivir en tu paz, para ya no tengamos asuntos pendientes. Amén.

Viernes 11 de diciembre

Jesús es nuestra paz

Porque él es nuestra paz. De dos pueblos hizo uno solo, al derribar la pared intermedia de separación. Efesios 2:14

No se trata de un acertijo matemático, sino de una verdad eterna: dos es uno. La forma en que tal verdad se hace posible es un camino que nos lleva al nacimiento del Hijo de Dios en Belén. Allí mismo, como testigos privilegiados del Evangelio, contemplamos el humilde pesebre en donde el Niño recién nacido llamado Jesús ya empieza a darle cumplimiento: muchos y diversos pueblos serán unidos. Junto al Niño se unen galileos, judíos, sabios de Oriente, ricos y pobres, simples e instruidos, todos dejando de lado diferencias y adorando al Mesías prometido. El tiempo pasó y el Niño se convirtió en hombre pero nada cambió, pues Jesús siguió derribando paredes y uniendo pueblos con su predicación y milagros: la mujer samaritana y la cananea creyeron y fueron ayudadas; Bartimeo y los leprosos oyeron y recuperaron la salud; Nicodemo aprendió con humildad; el ladrón, la prostituta, los endemoniados, el centurión, los cobradores de impuestos, los discípulos, y cuantos más, se sentaron a los pies del Salvador. Todos ellos con asombro extendieron sus manos vacías, que quedaron limpias para que pudieran abrazarse en la paz y comunión que Jesús les había dado.

Por eso reconocemos que él nos hace suyos y por lo tanto es nuestra paz. No puede ser de otra forma. En medio de tantos conflictos y divisiones, Jesús también confronta los muros de división, discriminación y desprecio que construimos al mirar a nuestros prójimos como si fueran extraños, como si no fueran personas. Jesús derriba las divisiones porque, al darnos su paz, nos enseña a ver como él nos ve, ayudándonos a ver al resto de las personas como humanos igual que nosotros. Jesús dio su vida por todos, sin miramientos ni exigencias, sino con amor sacrificial.

Señor Jesús, concédenos que viviendo en tu paz podamos derribar las paredes que nos dividen. Amén.

Sábado 12 de diciembre

Justificados, no sentenciados

Así, pues, justificados por la fe tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Romanos 5:1

Las palabras tienen mucho peso. Una simple palabra puede cambiar el rumbo de toda una vida. Por ejemplo, una palabra de vital importancia es la que nos presenta hoy el apóstol Pablo: justificación. Su significado bien vale la pena nuestra atención. En general, cuando hablamos de justificarnos, pensamos en cuando tratamos de encontrar motivos o razones para no tener que pagar por algún error cometido. Así, por ejemplo, nos justificamos con el jefe porque llegamos tarde al trabajo; o un niño se justifica ante la maestra porque no cumplió con su tarea. En fin, en nosotros surge naturalmente la inclinación a justificar nuestras acciones, sobre todo si fueron indebidas o incompletas.

Pero la Palabra de Dios nos habla de otro tipo de justificación: nos dice que somos justificados por medio de la fe. ¿Qué significa aquí que somos justificados? En primer lugar, queda claro que es algo que no hacemos nosotros, sino que otro lo hace en nuestro lugar. Pero, ¿quién? Jesús, el Hijo de Dios. ¿Por qué? Porque Delante de Dios nadie pudo, puede ni podrá justificarse por lo que ha hecho o ha dejado de hacer. No hay forma de que lo hagamos, pero sí hay forma de que lo recibamos. Jesús, el único hombre sin pecado, entregó su vida en la cruz como pago por nuestros pecados. El resultado de su muerte es nuestra justicia, por lo cual somos justificados. Ya no hay condenación ni debemos buscar excusas sino que ahora somos llamados al arrepentimiento y a confesar nuestro pecado para recibir perdón. Por eso, al ser justificados, tenemos paz con Dios.

Padre santo, gracias por no mirar nuestra maldad, sino la justicia que tu Hijo nos concede. Amén.

Viernes 25 de diciembre

Herederos de la eternidad

Para que al ser justificados por su gracia viniéramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Tito 3:7

La mejor forma de vivir es teniendo el futuro asegurado, pues un futuro asegurado significa un presente relajado. Por el contrario, un futuro incierto causa angustia e inseguridad. Entonces es lógico que nos preguntemos cómo hacer para tener un futuro seguro y estar tranquilos. A través de los siglos, el ser humano ha ideado e intentado varios caminos para tratar de obtener esa seguridad. Algunos piensan que las riquezas aseguran un buen pasar, por lo que sólo viven para acumular bienes. Otros piensan que una buena conducta y pensamientos positivos les ayudan a lograr el bienestar. Y otros niegan toda preocupación por el futuro y se dedican a vivir sólo el presente, argumentando que la vida es demasiado corta.

Pero ninguna de esas opciones llega a darnos la certeza que promete con respecto al futuro. Entonces, ¿qué nos queda? Una vez más, la seguridad viene de nuestro Señor Jesús, quien nos muestra el amor y compasión que necesitamos, o sea la gracia divina, para que ya no estemos angustiados, o inquietos. En la Navidad celebramos el nacimiento del Hijo de Dios, y recordamos que su nacimiento significa que nosotros también nacemos, por medio de él, a una nueva vida. El milagro de Belén es también nuestro milagro, porque desde el pesebre recibimos la vida de Cristo a través de los medios de gracia. Así como él es Hijo de Dios, nosotros ahora somos sus hijos. Como hijos del Padre, adoptados y unidos en la familia de la iglesia, tenemos una promesa que nos asegura el futuro: somos herederos de la vida eterna. Todo hijo tiene derecho a los bienes de su padre, tanto más los cristianos esperamos la herencia eterna en la presencia de nuestro Padre amoroso, y estamos seguros y tranquilos frente al futuro.

Padre nuestro, te damos gracias por habernos regalado a tu hijo Jesús, y te pedimos que nos ayudes a esperar confiados en ti. Amén.

Jueves 24 de Diciembre

Sin perderlo de vista

Fijemos la mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo que le esperaba sufrió la cruz y menospreció el oprobio, y se sentó a la derecha del trono de Dios. Hebreos 12:2

El propósito de poner la vista en un punto fijo es ayudarnos a mantener la concentración y no distraernos con las cosas que nos rodean o que ocurren a nuestro alrededor. Nada más apropiado para este día en que celebramos la Nochebuena. En estos días previos, y hoy mismo, resulta difícil fijar la mirada en una sola cosa, ya que celebramos, nos reunimos, compartimos regalos, preparamos comida en abundancia, etc. Sin embargo, hoy más que nunca necesitamos fijar la mirada en Jesús, el tierno niño de Belén, el Hijo de Dios que fue anunciado por los profetas, alabado por los ángeles y adorado por los pastores en aquella noche en que el mundo contempló el milagro de la encarnación: cuando el Hijo de Dios se hizo humano.

Al recordar el nacimiento de Jesús nuestra mirada se fija en el principio, o sea, en tener por seguro que Jesús es el autor de la fe. La fe no es un bien que podamos comprar en los comercios ni heredar de otros. Sólo se recibe como regalo. Por eso es que, al decir que Jesús es el autor de la fe, nos damos cuenta que la verdadera fe sólo la puede dar él mismo. Jesús vino a nosotros y fue igual a nosotros en todo. El propósito de la fe es que recibamos todo lo que hizo como bendición eterna. Hoy, a través de la fe, creemos y esperamos en cada palabra de Jesús. Él nos anima a confiar y seguirle, para que también nuestra esperanza llegue a encontrar su recompensa en la presencia gloriosa de Dios.

Señor de la Iglesia, ayúdanos a fijar la mirada en tu obra de amor para que no flaqueemos en nosotros la fe y vivamos consagrados a tu servicio. Amén.

Domingo 13 de diciembre

La paz de Dios

Que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús. Filipenses 4:7

Estamos en una época del año en que abundan los saludos y buenos deseos. Nos preparamos para celebrar la Navidad y el fin del año, por lo que se percibe en el aire un espíritu festivo. La búsqueda de los regalos perfectos anticipa la llegada del regalo mejor y mayor que motiva nuestra celebración. Es la alegría de recibir al Salvador Jesús envuelto en pañales, junto a nosotros, en el pesebre de nuestro corazón. Pero haríamos mal si redujéramos este tiempo sólo a una expresión de buenos deseos e intercambio de regalos, porque la realidad del nacimiento de Jesús no se detiene en los pensamientos y anhelos, sino en el cumplimiento del plan redentor del Padre para toda la humanidad.

Por eso el apóstol puede escribir a los filipenses dándoles una bendición de parte de Dios. Así es que la paz de Dios guarda nuestros corazones y mentes, porque es el fruto de todo lo que Jesús hace por nosotros. Cuando vivimos en la paz de Dios que nos rodea y preserva en medio de los peligros de la vida, no siempre comprendemos cómo es posible tener certeza y firmeza cuando nuestros sentidos demandan alerta y precaución. Sin embargo, podemos estar seguros de que el poder y el amor de Dios son superiores a todo lo que la razón indique, por lo que podemos descansar en las promesas del Evangelio, esperando su cumplimiento. De esta manera, por la fe en Jesús, la paz de Dios seguirá presente y activa derramando abundantes bendiciones sobre nuestras vidas.

Señor Jesús, te agradecemos porque cada día nos bendices con tu paz que sobrepasa todo entendimiento. Amén.

Lunes 14 de diciembre

Cambios importantes

Entonces las doncellas danzarán con alegría, lo mismo que los jóvenes y los ancianos. Yo los consolaré, y cambiaré sus lágrimas en gozo y su dolor en alegría. Jeremías 31:13

En la experiencia de la vida cotidiana tenemos motivos para estar tristes y otros para estar alegres. Quizás cuantos más años tenemos más sencillo es darnos cuenta de ello. Algunas personas dirán que son más los momentos tristes, mientras que otras sólo recordarán los alegres. Cuando Dios llega a nuestra vida lo hace de tal forma, que ya nada es lo mismo. Es que su presencia inunda nuestra existencia de novedad, haciendo nuevas todas las cosas (2 Corintios 5:17). Lo que está en nuestra memoria como parte del pasado, allí queda. Frente a Dios no hay deudas, todo es borrado y quitado para siempre, de modo que ya nada puede opacar el presente, ni entorpecer el futuro.

Esa es la obra maravillosa, aunque extraña, que Dios hace por medio de Jesucristo. Así es como el dolor y la tristeza dan paso a la alegría. El pecado causa dolor porque lastima y separa. Por eso es que Jesús mismo cargó sobre sí el dolor de la cruz: para que el pecado ya no tenga poder sobre nosotros. La condenación del pecado quedó en el pasado; ya no hay por qué temer. Una vez más reconocemos que, en la presencia de Dios, todo cambia. Él cambia nuestras lágrimas y desconsuelo en alegría eterna. Gracias a Jesús podemos tener plena seguridad que nuestra alegría será permanente, no como quien ríe sin tener motivo, sino como quien sabe que ni siquiera lo peor que pueda ocurrirnos nos podrá separar de Cristo, su amor, perdón y compañía eternos.

Padre celestial, te damos gracias porque has renovado nuestra vida dándonos alegría verdadera. Ayúdanos para que permanezcamos en ella y la compartamos con quienes aún no te conocen. Amén.

Miércoles 23 de Diciembre

No es un laberinto

Sólo Dios es mi salvación y mi gloria; ¡Dios es mi roca fuerte y mi refugio! Salmo 62:7

Hace muchos años, siendo pequeño, recuerdo un paseo en el que recorrimos un laberinto de arbustos. Tenía una entrada y una salida. De afuera se veía divertido y sencillo pero, una vez adentro, los arbustos formaban paredes altas que no dejaban ver el camino a la salida, por lo que teníamos que ir adivinando de un lado a otro hasta que finalmente pudimos salir. Imaginen que después de un tiempo, y siendo niño, uno se cansa y ya no parece tan divertido; nunca se sabe si la decisión tomada es la correcta hasta que se llega a la meta.

En algunas ocasiones la vida se asemeja a un laberinto con idas y vueltas, avances y retrocesos, y la meta parece muy lejana. Pero, a diferencia de los laberintos que nos entretienen y desafían para encontrar solos el camino verdadero, en nuestra vida real tenemos la certeza que Dios viene a nuestro encuentro para ayudarnos y guiarnos de tal manera que no seamos confundidos, sino afirmados en su Palabra eterna. Dios es único, no hay otro como él. Hasta la forma en que viene a nosotros es única, pues su poder y gloria se manifiestan en un amor perfecto que, en lugar de exigir, entrega. Así él nos da a su Hijo y nos salva. Su camino es muy claro y evidente: sólo creyendo en Jesús como nuestro Salvador, esperando y confiando en su perdón tendremos esperanza de vida eterna. La salvación se logra de una sola manera: no por lo que hacemos, sino por lo que recibimos. Jesús no nos confunde, sino que nos afirma con el poder de su cruz para permanecer firmes en el camino de la vida.

Santo Salvador, te damos gracias por rescatarnos del laberinto del pecado y guiarnos por el camino de la vida eterna. Amén.

Martes 22 de Diciembre

¿Puedo esperar?

Señor, ¿qué puedo esperar, si en ti he puesto mi esperanza? Salmo 39:7

La paciencia es un fruto precioso que concede el Espíritu Santo. Sin la obra santificadora del Espíritu Santo sólo nos queda la impaciencia. Cuando somos impacientes no podemos ni sabemos esperar. Por ejemplo: esperar que nos reciba el médico, ¡una eternidad! Esperar en la cola del supermercado, ¡imposible! Simples ejemplos que nos muestran cuán impacientes podemos ser en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Aprender a esperar y ser pacientes es una bendición que Dios mismo nos concede y, aunque nos parezca que nos lleva a desesperar; cuando vemos los frutos que produce nos llenamos de profunda alegría. Como hijos de Dios somos llamados a esperar; pacientes y constantes, en el cumplimiento de la voluntad divina. Pero más aún, nuestro gran desafío es que, en esa espera, ejercitemos el don de la fe en la oración.

Jesús mismo nos invita a orar para no dormimos, es decir; para no caer en la tentación y finalmente en la desesperación, como ocurrió con Judas. Así no sólo aprendemos a esperar; sino que también ponemos nuestra esperanza en Dios y nadie más. No buscamos otras soluciones o respuestas, o sea atajos en el camino de la fe para acortar la espera. Estos atajos en realidad son desvíos que nos alejan de la verdad y la vida que es Jesús mismo. Las ofertas de soluciones rápidas y sin esfuerzo abundan, sin embargo los cristianos ponen sus ojos en el Salvador prometido desde el principio y esperado por siglos. Los hijos de Dios vivieron por mucho tiempo esperando al Redentor. Ellos supieron poner toda su confianza en la Palabra de Dios, y por ella fueron guiados hasta contemplar el milagro del nacimiento de Jesús. ¿Qué puedo esperar de mi Señor? Todo lo bueno, justo y perfecto. Por eso tenemos esperanza.

Padre eterno, concédenos la paciencia necesaria para confiar en tu palabra y esperar siempre en tus promesas. Amén.

Martes 15 de diciembre

El origen de la alegría

Estas cosas les he hablado para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea completo. Juan 15:11

Conocer el origen de las cosas o las personas nos ayuda a entender el presente, y también nos da mayor confianza. Por ejemplo, no es lo mismo comprar tomates en el mercado (no sabemos quién los plantó, cómo fueron regados, cuándo fueron cosechados, etc.), que cultivarlos nosotros mismos. ¡Hasta el gusto es diferente!

En las palabras de Jesús elegidas para hoy se muestra el origen o fundamento de la fe. En primer lugar el Salvador nos habla, llega a nosotros, se comunica y nos asegura que sus palabras son ciertas y dignas de nuestra mayor atención. Cuando recibimos la Palabra de Dios al oírla o leerla, es el Espíritu Santo mismo quien nos permite entender un mensaje tan diferente a todo lo que oímos en la vida diaria. Cada palabra que viene de Jesús tiene como propósito que creamos, es decir; que tengamos fe en quien nos habla, para que así se derrame sobre nosotros la bendición del perdón y la vida eterna. Cada vez que oímos su voz, sus palabras nos llenan de gozo, porque Jesús está plenamente feliz, lleno de gozo por haber completado su obra por nosotros (ver Isaías 53:11). Si bien tuvo que pasar por el sufrimiento de su pasión, crucifixión y muerte, Jesús salió victorioso sobre el pecado, la muerte y Satanás, y está ahora a la derecha del Padre para reinar y juzgar a las naciones con su poder y gloria. Sabiendo todo esto, no podemos menos que sentir gozo y gratitud en nuestros corazones, porque grandes son sus bendiciones.

Señor Jesús, ayúdanos a oír tu Palabra de verdad para que vivamos llenos de tu alegría. Amén.

Miércoles 16 de diciembre

El gozo de la salvación

Y con gran gozo sacarán ustedes agua de las fuentes de la salvación. Isaías 12:3

Hay lugares a los que nos cuesta ir. Por ejemplo: al médico, al dentista o a hacer un trámite que sabemos nos va a llevar bastante tiempo de espera. Por lo general posponemos hacerlo hasta que ya no podemos esperar más. Por otro lado, si alguien nos invita a ir de paseo, a salir a comer o a ir a pescar al río, no dudamos en acomodar responsabilidades y asuntos pendientes para estar libres y poder ir. No nos pesa ir a esos lugares donde sabemos que disfrutaremos de un momento de alegría.

De la misma manera, el profeta Isaías anticipa que todos los hijos de Dios experimentarán una alegría superior cada vez que se acerquen a la fuente de la salvación, es decir, a Jesús. La imagen que ofrece el profeta es evidente: en un lugar desértico donde el agua escasea, llegar a la fuente de donde fluye agua fresca, pura y sin límites, debe ser el momento más sublime y relajante para el exhausto viajero. Antes de eso sólo tiene incertidumbre sobre el futuro, y desesperación porque la sombra de la muerte comienza a crecer a su alrededor. Pero, una vez que sabe dónde está la fuente de la salvación, corre hacia ella. Sabemos que en Jesús está nuestra salvación, por lo que corremos entonces hacia él. Cuando llegamos a su presencia experimentamos el gozo de la salvación, porque nos consuela con su perdón, que es el agua que nutre nuestro cansado espíritu. Jesús nos invita a que vivamos reflejando en todo momento la alegría que nos dio en el agua del bautismo, para que esa vida verdadera produzca también en nosotros frutos dignos de un hijo de Dios.

Padre eterno, fuente de la vida eterna, inspira en nosotros el gozo de la salvación. Amén.

Lunes 21 de diciembre

Seguro de vida

Tú, Señor mi Dios, eres mi esperanza; tú me has dado seguridad desde mi juventud. Salmo 71:5

Las empresas que venden seguros nos ofrecen diferentes pólizas y coberturas, protección contra roturas, auxilio mecánico en la ruta, y hasta abogados en caso de una demanda. Pero lo que no pueden darnos es la seguridad de que nada malo nos ocurrirá. No pueden evitar choques, accidentes o demandas. Su tarea se limita a ayudar cuando esas cosas ya ocurrieron. Muchas veces me pregunto por qué las personas no se enojan con las empresas de seguros cuando tienen un accidente, pero sí se enojan con Dios. En fin, como hijos de Dios sabemos que sus promesas son reales y concretas, y se cumplen conforme a su buena voluntad.

Pero también sabemos muy bien que la vida del cristiano no está determinada por la ausencia de todo riesgo, sino quizás por la presencia de grandes desafíos que sólo podemos afrontar en la seguridad que Dios implanta en nuestras mentes y corazones por la obra de Jesús en la cruz y la presencia constante del Espíritu Santo. Así es como Dios nos llama desde pequeños, ya desde el bautismo, a buscar seguridad en él. Allí mismo nos concede todo lo necesario para el perdón de pecados y salvación. Ya sea en la actividad y turbulencia de la juventud o en la quietud de la adultez, esta es la seguridad que nos acompañará toda la vida y en toda situación. Esa esperanza es segura y da sentido a todo lo que hacemos. Nuestra mayor esperanza son la resurrección y la vida eterna. Por eso es que, junto al salmista, confesamos que nuestra única esperanza está en Dios: con él todo es posible.

Señor nuestro, afirma nuestra fe en tus promesas para que en todo momento disfrutemos de tu seguridad, confiados en tu esperanza. Amén.

Domingo 20 de diciembre

Nuestra esperanza y protección

¡Tú eres la esperanza de Israel! ¡Tú eres su protector en momentos de angustia!... ¡Tú estás en medio de nosotros, Señor, y tu nombre es invocado sobre nosotros! ¡No nos desampares! Jeremías 14:8-9

Sea cual sea nuestra necesidad, siempre esperamos el alivio necesario. Si tenemos sed, un vaso de agua. Si tenemos frío, un abrigo. Si estamos cansados, una cama donde poder descansar. Si sentimos hambre, un plato de comida que nos ayude a recuperar las fuerzas. Frente a estas necesidades comunes a todos los seres humanos por lo general es fácil encontrar una solución. Pero, ¿quién nos alivia cuando nuestra necesidad no es material, ni depende de comprar lo que nos falta? ¿Quién nos ayuda cuando nos abruma la pena o nos sentimos desamparados? Cuando la angustia llega a nuestro corazón, todo nuestro ser se conmueve. Los motivos pueden ser variados, desde rendir un examen en la escuela hasta la pérdida de un ser querido. Nos sentimos angustiados porque percibimos que nada podemos hacer; o nos parece que estamos solos, como el pequeño David frente al gigante Goliat.

En medio de la angustia y la impotencia para seguir adelante, Dios viene a nosotros con su Palabra poderosa que nos reafirma con promesas ciertas. Dios llega a nosotros en medio de nuestra realidad oscurecida por el pecado y nos quita la pesada carga de culpa y angustia que produce dándonos a su hijo Jesús, quien carga sobre sí mismo todo lo que nos oprime, y nos promete su perdón, que es la llave para una vida llena de esperanza. Y, como si todo esto no fuera suficiente, Jesús nos promete que estará con nosotros siempre. Por eso invocamos su nombre, leemos su Palabra que es verdad y vida, oramos en su nombre para que se cumpla la buena voluntad del Padre celestial y confesamos que sólo en él tenemos esperanza.

Padre celestial, ayúdanos en nuestra angustia para que tus promesas nos llenen de esperanza. Amén.

Jueves 17 de diciembre

Regreso a casa

Y los redimidos del Señor volverán. Vendrán a Sión entre gritos de infinita alegría. Cada uno de ellos tendrá gozo y alegría, y desaparecerán el llanto y la tristeza. Isaías 35:10

Siempre es lindo volver al lugar de la infancia, a la casa de los abuelos, quizás a un parque, o incluso a la escuela donde estudiamos. Hay lugares en nuestra historia personal que nos marcan, por eso volvemos a ellos, porque nos inspiran, renuevan e impulsan a seguir caminando. El profeta Isaías nos habla de un regreso al lugar de donde alguna vez salimos. Esto significa que también hay un camino por el que vamos que nos lleva de regreso al encuentro con la eternidad maravillosa, marcada por la alegría plena que sólo el Creador puede dar.

El peregrinaje de esta vida queda marcado por dos consecuencias directas del pecado: el llanto y la tristeza. El pecado hace que nuestra vida sea por momentos una travesía peligrosa, a veces por los males que nos rodean, pero muchas veces por nuestras propias malas decisiones o descuidos. Por eso deseamos llegar al lugar donde nos espera el Padre celestial. Allí todo lo malo quedará atrás. Pero, ¿quién nos llevará de regreso a la presencia de Dios? Sólo hay una respuesta posible: Jesús. Él nos toma de la mano para que regresemos al Padre. Pero antes debemos hacer una parada. Nuestro camino se detiene al pie de la cruz, en el monte Sión (Calvario) para que de rodillas confesemos nuestro pecado que causa lágrimas y dolor. Allí mismo Jesús toma la carga del pecado, paga el precio de nuestra libertad y nos declara redimidos, es decir, perdonados de toda deuda. En Jesús encontramos el camino del gozo, porque nos guía con sus promesas de consuelo, ánimo y nueva vida, para que lleguemos a nuestro hogar eterno.

Señor Jesús, guíame en el camino de la fe para que viva en paz y alegría ahora, y por la eternidad. Amén.

Viernes 18 de diciembre

Unidos a Cristo

Al contrario, alérgense de ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, para que también se alegren grandemente cuando la gloria de Cristo se revele. I Pedro 4:13

Una rama finita se puede quebrar fácilmente. Un manojo de ramas, en cambio, resulta muy difícil, si no imposible, de quebrar. Por eso concluimos que “la unión hace la fuerza.” De la misma manera, una brasa separada del fuego en poco tiempo se apaga y muere; sin embargo, si se mantiene en contacto con el resto de las brasas, perdura más tiempo encendida. Si prestamos atención a ambos ejemplos, nos damos cuenta que ni la ramita ni la pequeña brasa cambian: lo único que varía es su unidad con el resto. Ambas poseen mayor fortaleza y resistencia unidas a otras iguales que las ayudan a mantenerse vivas.

De la misma forma, hoy el apóstol Pedro nos anima a mantenernos unidos a Jesús, pues en la unión con él encontramos la fortaleza que de otra forma no tendríamos. El desafío es enorme, porque la invitación es no sólo a participar de los sufrimientos de Cristo, sino también a alegrarnos por ello. Este es el único camino para que contemplemos su gloria eterna. Por supuesto que no debemos pensar que el sufrimiento de Jesús no fue suficiente y por eso debemos hacer algo más. Al contrario, la obra de Jesús es completa. Participar de sus sufrimientos es saber que, como cristianos, nuestra vida está marcada por la cruz y el Evangelio. Creer y confesar a Jesús como nuestro Salvador puede traernos problemas, pero comprendemos que nada de ello es nuevo o exclusivo, sino una marca que acompañará a la iglesia cristiana hasta el fin. Así que nos alegramos, porque unidos a Jesús enfrentamos el rechazo, tomamos la cruz y anunciamos el Evangelio que es las buenas noticias de salvación para todos.

Amado Señor Jesús, presérvanos en la unidad de la fe para que, con alegría, hablemos de tu amor y perdón a las naciones. Amén.

Sábado 19 de diciembre

En el cielo así como en la tierra

Cuando los setenta y dos volvieron, estaban muy contentos y decían: “Señor, en tu nombre, ¡hasta los demonios se nos sujetan!”... Pero no se alegren de que los espíritus se les sujetan, sino de que los nombres de ustedes ya están escritos en los cielos. Lucas 10:17,20

En el Padrenuestro oramos que se haga la voluntad de Dios, y efectivamente así es: la voluntad de Dios se cumple sí o sí. Ahora, la forma concreta en que se cumple está más allá de nuestro conocimiento y, por lo pronto, permanece como un misterio. Pero sabemos que la voluntad de Dios es que todas las personas lleguen al conocimiento del Salvador Jesús (ver I Timoteo 2:4). Por eso Jesús envió a sus discípulos a predicar las buenas noticias de la salvación a los pueblos por donde pasaría después. Ellos, fieles al mandato y con la autoridad del envío de Jesús, hicieron su tarea de tal forma que hasta expulsaron demonios invocando el poderoso nombre del Hijo de Dios.

No hay dudas que esos discípulos deben haber sentido como que caminaban sobre las nubes, eufóricos por tal despliegue de poder y servicio al reino de Dios. ¡No podrían creer lo que estaban viviendo! ¡Cuánta alegría y sorpresa! Sin embargo, Jesús los baja de la nube de euforia y les hace pensar en el verdadero milagro que estaban viviendo: sus nombres están escritos en los cielos. La gran manifestación de poder divino se revela en que los pecadores, condenados, muertos, ciegos e ignorantes de Dios, pueden confesar con seguridad que son salvos en el nombre de Jesús. Nuestra verdadera alegría, entonces, no debe reposar sólo en los éxitos terrenales que podamos percibir o contar, sino en que tenemos asegurada la morada eterna en la presencia del Dios todopoderoso.

Eterno Señor, ayúdanos a servirte con alegría y dedicación para el bien y salvación de nuestro prójimo. Amén.